

Noche de reyes sin Shakespeare

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

ALBERTO.

CELES.

LUCÍA.

INDIVIDUO.

DOÑA EULALIA.

LOCUTOR.

Una habitación destartalada. Tal vez una pequeña buhardilla con una claraboya que permite entrever un pedazo de cielo. Y unas pocas cosas indispensables: una mesa con un par de sillas, una cocina, un sofá cama, un antiguo equipo de música. Algunas fotos clavadas en las paredes, una puerta que conduce a un rellano y a unas escaleras, y otra que comunica con un cuarto de aseo. Bastantes libros y un par de lámparas. También, claro, un teléfono. Y un televisor.

Al levantarse el telón -si hay- alguien abre la puerta de la calle. Aparece un hombre mayor. Seguramente cansado. Con esa fatiga que los años nos van dejando poco a poco. Enciende una luz y se quita la gabardina que trae puesta. Es posible que afuera, en la calle, esté lloviendo. O haya llovido. Es invierno. El recién llegado tiene frío y, con una cerilla, prende la llama de una estufa de butano, sin duda insuficiente para calentar el espacio, por diminuto que sea. Luego, pasa al cuarto de baño. Se escucha el sonido del agua saliendo del grifo. Al poco tiempo, regresa. Saca de un viejo baúl que, desde el principio, estaba entreabierto en escena, una chaqueta de pijama que cambia por la que llevaba cuando llegó. Después va al teléfono y marca un número. Nada. Podría oírse, lejana, la voz de un contestador. Cuelga. Abre una nevera -modelo pasado; casi no enfría-, saca un bocadillo envuelto en papel Albal. Exprime de una botella los restos de un vino tinto irreconocible que vierte en un vaso bajo poco limpio. Se sienta a la mesa y empieza a comer. Tal vez antes ponga en marcha la radio, de donde suena una música clásica bastante conocida. De pronto se levanta bruscamente y vuelve al teléfono. Marca de nuevo. Como antes, adivinamos unas palabras grabadas. Sólo que ahora nuestro personaje -que, por cierto, se llama ALBERTO- no cuelga y se decide a hablar.

ALBERTO.- (Al teléfono.) Oye, Jesús, no hay manera de localizarte. Nunca te encuentro. Me figuro que debes de tener mucho trabajo, pero en fin... Bueno, ya sabes que no me gusta hablar con un contestador. Llámame. Es urgente. Ah, son las diez de la noche de hoy jueves, veinte de diciembre. Y soy Alberto. Alberto Santamaría, no te equivoques. Por favor, no dejes de llamarme.

(ALBERTO deja el teléfono, recoge el bocadillo y el vaso de vino y se tumba en el sofá. Casi al mismo tiempo elige un libro y empieza a leerlo. Continúa de fondo la música clásica. Al poco rato, suena el teléfono. ALBERTO salta materialmente del sofá y descuelga.)

ALBERTO.- (Al teléfono.) Dime, dime, Jesús. **(Pausa.)** ¿Cómo? No, no, se ha equivocado, esta no es una casa de masajes. **(Pausa.)** Que no, que no, lo siento.

(Cuelga otra vez y regresa al sofá. Sigue leyendo y mordisqueando el bocadillo. Sube la música. Oscuro.)

- II -

El timbre de la puerta. ALBERTO se levanta -con alguna dificultad- y abre. Vemos a un individuo que, desde el primer momento, da la impresión de tener mucha prisa. Puede que se llame CELES. Y probablemente sean las once de la mañana. Estamos en otro día distinto al de la escena anterior.

ALBERTO.- (Abriendo la puerta.) Ah, eres tú.

CELES.- (Al tiempo que entra.) Sí, claro que soy yo. ¿De qué te extrañas?

ALBERTO.- Pensé que vendría Jesús.

CELES.- ¿Jesús? ¿Cómo va a venir Jesús? Tú alucinas.

ALBERTO.- Anoche le dejé un recado.

CELES.- Sí, ya lo sé. Lo he oído. Por eso estoy aquí.

ALBERTO.- Es que...

CELES.- ¿Te pasa algo?

ALBERTO.- Hace seis meses que intento hablar con Jesús y nada.

CELES.- Está muy ocupado, ya sabes.

ALBERTO.- Sí, pero yo le necesito.

CELES.- Y él también a ti. Te quiere, de veras que te quiere. Sólo que no para. Siempre de un lado para otro. Trabajando, siempre trabajando.

ALBERTO.- De eso quería hablarle.

CELES.- Un tipo estupendo, estupendo. Oye, ¿me das una coca-cola? Como esta casa no tiene ascensor y vives tan alto...

ALBERTO.- Voy a ver.

(Mientras ALBERTO va a la nevera con la esperanza de encontrar una coca-cola, CELES continúa hablando a la vez que le echa una ojeada a la habitación.)

CELES.- Deberías ordenar un poco todo esto, ¿no crees?

ALBERTO.- Sí, supongo que sí, pero como nunca recibo a nadie...

CELES.- De todas formas.

ALBERTO.- Hay una Pepsi. ¿Te da igual?

CELES.- Igual, igual... no importa.

ALBERTO.- (Volviendo con la Pepsi.) ¿No vas a sentarte?

CELES.- No sé... tengo prisa.

ALBERTO.- Eres mi representante.

CELES.- No, yo no: Jesús.

ALBERTO.- Pero Jesús y tú fundasteis una agencia. Juntos. A medias. Os conozco desde entonces.

CELES.- Escucha, si vas...

ALBERTO.- Me apetece un café.

CELES.- ¿No has desayunado?

ALBERTO.- No.

CELES.- Te levantas tarde. No te conviene. Las cosas han cambiado. Todo ha cambiado.

ALBERTO.- ¿Una tostada?

CELES.- ¿Con la Pepsi? No, no quiero una tostada con la Pepsi. ¡Qué cosas tienes!

(**ALBERTO va a la diminuta cocina a prepararse el café. Y una tostada. Como todos los días. CELES se ha sentado.**)

CELES.- Bueno, cuéntame.

ALBERTO.- No tengo ni un duro.

CELES.- Hombre, tanto como eso...

ALBERTO.- Lo que yo te diga. Ni uno.

CELES.- Algo saldrá, no te preocupes.

ALBERTO.- (**Ligeramente alterado.**) Siempre contestáis lo mismo. Estoy harto.

CELES.- Oye, oye, no me grites.

ALBERTO.- Si no te grito. Perdona, pero empiezo a estar angustiado. Como esto siga así, no voy a poder pagar ni el piso.

CELES.- ¿Cuándo fue la última vez...?

ALBERTO.- Pronto hará un año. Me llamasteis para una sustitución. En una gira. Por el norte. ¿No te acuerdas?

CELES.- Sí, claro que me acuerdo. A Pepe Castillo le salió una peli y dejó colgados a los del Reina.

ALBERTO.- Y en cuanto la terminó, se acabó mi contrato. A la calle. Fue en Avilés.

CELES.- Una lástima. De veras, una lástima. Nosotros pensábamos que Pepe... (**Cambia a propósito el tema de la conversación para referirse a la Pepsi Cola que está bebiendo.**) Está caliente... caliente.

ALBERTO.- La nevera no enfría.

CELES.- Pues cámbiala.

ALBERTO.- ¿Cómo?

CELES.- (**Comprendiendo que ha metido la pata.**) Perdona.

(**ALBERTO** **regresa con el café y se sienta a la mesa en la que sigue CELES.**)

ALBERTO.- No intereso, ¿verdad?

CELES.- Ay, Alberto, por favor, no te pongas dramático. Interesas, por supuesto que interesas. Eres un gran actor. Siempre lo has sido.

ALBERTO.- Entonces, ¿por qué no me llaman? La gente hace cine, teatro, televisión... sobre todo televisión.

CELES.- Pero tú no eres «la gente». Tienes un historial, una biografía.

ALBERTO.- Para lo que me sirve...

CELES.- ¡Un pasado, Alberto, un pasado!

ALBERTO.- ¿Y el presente? Los ahorros del banco se acaban.

CELES.- Alberto, escúchame: las cosas son como son. ¿Me entiendes?

ALBERTO.- No.

CELES.- (**Después de una pausa incómoda.**) En el papel que te conseguimos para una serie de televisión tuviste problemas de memoria y cuando sustituiste a Pepe te caías continuamente. Rosi Quintana, que hacía de tu mujer, tenía que darte letra. Acuérdate de lo que pasó en La Coruña.

ALBERTO.- Estoy viejo.

CELES.- Lo dices, tú, ¿eh?... tú, y yo no lo he dicho.

ALBERTO.- Viejo.

CELES.- (**Levantándose.**) Me voy. Es tarde. He de acompañar a Jesús al aeropuerto.

ALBERTO.- (**Pensando en otra cosa.**) ¿A Barajas?

CELES.- Sí, naturalmente, ¡qué gracioso! Viene Antonio.

ALBERTO.- No sabía.

CELES.- De Los Ángeles. Camino de Málaga. Después de comer. Va a dar una rueda de prensa. Nosotros lo organizamos todo.

ALBERTO.- Estupendo.

CELES.- ¿Verdad? Te dejo. Y sonrío. No se puede estar triste en estas fechas. Además, he venido a verte. ¿No te alegras? Adiós. Le diré a Jesús que he estado contigo.

ALBERTO.- Tenemos que hablar.

CELES.- Exacto, exacto, también se lo diré. Una larga conversación en la oficina... eso es. Hasta pronto y cuídate, cuídate, siempre hay que cuidarse.

(Le da un beso en la mejilla y se marcha. ALBERTO se queda apoyado en la puerta que acaba de cerrarse. Volvemos a oír la música clásica que ya conocemos y que se va a convertir en el motivo musical de esta obra. Oscuro.)

- III -

Alguien ha tirado de la cadena del cuarto de baño. Aparece CELES hablando. Da la impresión de que acaba de lavarse las manos. Estamos en un día distinto al de la escena segunda.

CELES.- Chico, perdona, pero tenía una urgencia. Ya sabes. Siempre con prisas, con prisas, y se te olvidan hasta las cosas más necesarias.

ALBERTO.- No te preocupes.

CELES.- Un gentleman, eso es lo que eres, un gentleman.

ALBERTO.- Cuéntame, ¿qué pasa?

CELES.- Te llamé esta mañana porque... bueno... hay noticias. Después de nuestra conversación del otro día... hay noticias.

ALBERTO.- ¿Algún contrato?

CELES.- Más o menos.

ALBERTO.- ¿Qué quiere decir «más o menos»?

CELES.- Hombre, pues... que no se trata de algo muy importante.

ALBERTO.- ¿Lo pagan bien?

CELES.- Normalmente, no, pero tratándose de ti...

ALBERTO.- Lo que sea. No puedo elegir. ¿Otra sustitución?

CELES.- No, no, no es eso. Verás...

ALBERTO.- Aunque sea un papel pequeño en una película... o en una serie... no importa.

CELES.- Tampoco.

ALBERTO.- Doblaje no, por favor. No sé hacerlo. Me pongo muy nervioso. Y me equivoco. No me atrevo.

CELES.- Tranquilízate. Ya sabemos que no quieres doblar.

ALBERTO.- Me equivoco.

CELES.- Claro, claro, es natural. Yo también me equivocaría. Figúrate, un atril... y una pantalla delante... un problema.

ALBERTO.- Venga, dímelo.

CELES.- ¿Sí?

ALBERTO.- A eso has venido.

CELES.- (**Hablando con muchísimo cuidado.**) Aunque a veces parece que te distraes -porque te distraes, no me lo discutas-, supongo que te has dado cuenta de que estamos en Navidad.

ALBERTO.- Desde luego; no hay más que salir a la calle.

CELES.- Exacto. O sea, Nochebuena, Año Nuevo y... por fin, la Noche de Reyes.

ALBERTO.- Lo de siempre.

CELES.- A eso iba. Un rey. ¿Qué te parecería un rey? Todavía me acuerdo de tu Claudio en «Hamlet» cuando le decías a la reina Gertrudis: «Mirad este retrato, y este otro/ la imagen pintada de dos hermanos./ Este era vuestro esposo, trigo podrido que al vigoroso hermano echó a perder.»

ALBERTO.- (**Halagado.**) Sí, no estuve mal.

CELES.- La lujuria, la ambición, la crueldad, el despotismo... Todo, lo expresabas todo.

ALBERTO.- Aún era joven.

CELES.- Nadie como tú, Alberto, nadie.

ALBERTO.- De modo que quieren que haga «El rey Lear». Porque es eso, ¿verdad? Bien, muy bien, uno de mis sueños. Me lo sé de memoria. «¡Aullad, aullad, aullad! ¡Oh, sois hombres de piedra! Si yo poseyera vuestras lenguas y vuestros ojos, de tal modo los emplearía, que haría estallar la bóveda del firmamento.» Me va, ¿no encuentras? Estoy en la edad.

CELES.- No, «El rey Lear», no.

ALBERTO.- (**Ligeramente decepcionado.**) Bueno, hay muchas obras en las que salen reyes.

CELES.- Desde luego.

ALBERTO.- Vamos, dime el título.

CELES.- No es un drama; no, no lo es.

ALBERTO.- ¿Una comedia? Me encantan las comedias. Tengo mucho sentido del humor, ¿no crees?

CELES.- Tampoco una comedia, tampoco.

ALBERTO.- Una reposición de «El rey se muere». Muy buena idea. Adoro a Ionesco.

CELES.- (**Casi masticando las palabras.**) Alberto, ¿te gustan los Reyes Magos?

ALBERTO.- ¿Es una broma?

CELES.- (**Aún más despacio.**) Unos grandes almacenes quieren contratar a tres actores. Nos han llamado para asesorarse.

ALBERTO.- (**Con un hilo de voz.**) ¿Tres actores? ¿Para hacer... qué?

CELES.- Gaspar, Melchor y Baltasar. A Baltasar ya lo tenemos: un actor guineano que fue protagonista de una película en Barcelona hace tiempo... Melchor va a ser Enrique Solís, ya le conoces; atraviesa una mala racha. Y Gaspar... pues, bueno... podrías hacerlo tú.

ALBERTO.- (Que no acaba de creerse lo que está oyendo.)
¿Me estás proponiendo...?

CELES.- Te escribirían un texto y se lo dedicarías a los niños. Pagan más. Por eso, pagan más. Y, ya te lo he dicho, al ser tú...

ALBERTO.- (Que se va enfureciendo poco a poco.) ¿Hablas en serio?

CELES.- Pues, sí, claro.

ALBERTO.- (A punto de estallar.) ¿Me estás proponiendo que haga de rey mago en unos grandes almacenes?

CELES.- Dice Jesús que te harían una oferta especial. Y como irías disfrazado, ¿quién iba a reconocerte?

ALBERTO.- ¿Eso dice Jesús?

CELES.- Sí, y que serías un rey Gaspar fantástico.

ALBERTO.- Pero, bueno, ¿os habéis vuelto locos? ¡Alberto Santamaría, Premio Nacional de Teatro, Medalla de Oro a las Bellas Artes, varias veces finalista en el Mayte y ganador en dos ocasiones del Premio Ercilla de Bilbao... haciendo de rey mago en unos almacenes...!

CELES.- No te enfades. Lo hacemos por tu bien.

ALBERTO.- ¿Mi bien?

CELES.- Te ganas unas perras, sales de apuros y, mientras, nosotros te buscamos algo mejor.

ALBERTO.- (Furioso.) ¡Márchate!

CELES.- Piénsalo. Total, son unos días. Claro que te pondrán una barba y una peluca, pero a ti las barbas y las pelucas te encantan. ¿O no?

ALBERTO.- He dicho que te vayas.

CELES.- De acuerdo, de acuerdo, ya me voy. Tranquilízate. Si cambias de idea, avísame. Voy a estar toda la mañana en la oficina. No es nada denigrante. Al contrario. Hablas con los niños, recoges sus cartas, los sientas...

ALBERTO.- Como sigas, te mato.

CELES.- Hijo, ¡qué barbaridad!, ¡cómo sois los cómicos!

(CELES se va dando un portazo al salir. ALBERTO se sienta -mejor, se deja caer- en una silla. Música y oscuro.)

- IV -

En el televisor se ven imágenes de la ciudad en fiestas: calles engalanadas, luces multicolores, escaparates llamativos, gentes, coches... ALBERTO está en el fregadero de la cocina lavando unos platos. Un LOCUTOR -deben de ser las noticias de las tres de la tarde- dice un texto parecido a este.

LOCUTOR.- Según los cálculos aproximativos de que disponemos, los españoles nos vamos a gastar estas navidades cerca de setecientos millones más que el año anterior. Pasada ya la Nochebuena y el Año Nuevo, nos acercamos a la gran fiesta de la infancia: la Noche de Reyes. Sus majestades de Oriente vendrán, como siempre, con las alforjas cargadas de regalos para todos los niños, que les esperan con el corazón abierto y la sonrisa en los labios. Quedan dos días para la noche mágica, la hermosa Epifanía de la Cristiandad. Los almacenes se abarrotan, las ventas se disparan y una incontenible ola de amor y alegría recorre España entera. Nuestro país ha superado etapas difíciles de triste recuerdo y ahora, por fin, gracias a la eficaz gestión de nuestro actual gobierno, con su riguroso equipo económico al frente...

(Llaman a la puerta. ALBERTO va a abrir. El LOCUTOR y las imágenes del televisor continúan. Aparece una niña de unos doce años aproximadamente. Se llama LUCÍA.)

LUCÍA.- Hola.

ALBERTO.- Hola.

LUCÍA.- ¿Molesto?

ALBERTO.- ¿Tú quién eres?

LUCÍA.- Vivo en el segundo. Con mis padres.

ALBERTO.- Ya, ya me imagino que vives con tus padres.
¿Cómo te llamas?

LUCÍA.- ¿Qué?

(Es evidente que el sonido del televisor dificulta-o impide-el diálogo entre los dos personajes. ALBERTO se decide a apagarlo: un alivio.)

LUCÍA.- Perdona: ¿decía?

ALBERTO.- Tu nombre.

LUCÍA.- ¿Puedo pasar?

(ALBERTO parece algo desconcertado. Duda.)

ALBERTO.- Bueno, pasa.

(La niña entra en la habitación y ALBERTO cierra la puerta.)

ALBERTO.- De manera que vives aquí.

LUCÍA.- En el segundo.

ALBERTO.- Con tus padres.

LUCÍA.- Sí. Alguna vez nos hemos encontrado en la escalera,
pero como usted va siempre pensando en sus cosas...

ALBERTO.- Aún no me has dicho cómo te llamas.

LUCÍA.- Lucía.

ALBERTO.- Yo, Alberto.

LUCÍA.- Ya, y a lo sé. Mi madre dice que fue usted un gran actor.

ALBERTO.- **(Tocado.)** ¿Que fui...?

LUCÍA.- Últimamente trabaja poco, ¿no?

ALBERTO.- ¿Poco?

LUCÍA.- **(Rectificando.)** Menos.

ALBERTO.- Sí, algo menos. Es natural.

LUCÍA.- Claro.

(Hay una pausa. ALBERTO mira a la niña curiosamente.)

ALBERTO.- ¿Por qué has venido?

LUCÍA.- No sé.

ALBERTO.- ¿Qué es lo que quieres?

LUCÍA.- Nada.

(Otra pausa.)

ALBERTO.- Estaba lavando los platos.

LUCÍA.- ¿Le ayudo?

ALBERTO.- No, no hace falta. Nunca lavo los platos, pero la chica que viene a limpiarme el piso ha tenido que ir al dentista. Un problema con las muelas del juicio, me parece.

LUCÍA.- ¿Le duelen?

ALBERTO.- Supongo.

(ALBERTO vuelve a mirar a LUCÍA. La observa con atención.)

ALBERTO.- ¿De veras no quieres nada?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- Entonces, ¿por qué has subido?

LUCÍA.- Mi padre se ha quedado dormido en un sillón. Siempre lo hace. Viendo las noticias. Luego, se va a trabajar.

ALBERTO.- ¿Y tu madre?

LUCÍA.- Le está arreglando unos pantalones a mi hermano.

ALBERTO.- ¿Tienes un hermano?

LUCÍA.- Más pequeño. Un niño.

ALBERTO.- Tú también eres una niña.

LUCÍA.- No, no crea.

ALBERTO.- ¿Cuántos años tienes?

LUCÍA.- Ya estoy estudiando el bachillerato. Estos días estamos de vacaciones.

(Más pausa. Brevísima. El tiempo justo para que ALBERTO reaccione.)

ALBERTO.- ¿Sabes lo que pienso? Que me estás mintiendo.

LUCÍA.- ¿Yo?

ALBERTO.- ¿Cómo voy a creerme que has dejado a tus padres en casa y has venido a verme, sin pedirles permiso, para... para... nada?

LUCÍA.- **(Decidiéndose.)** Es que quería ver a un actor... de cerca.

ALBERTO.- **(Innecesariamente agresivo.)** Bueno, pues ya lo has visto. ¿Algo más?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- ¿Te gusto? ¿No te gusto? ¿Te doy miedo? ¿Tengo monos en la cara? Dime: ¿los tengo?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- ¿Les vas a decir a tus padres que has hablado conmigo?

LUCÍA.- No... tampoco.

ALBERTO.- (Cortante.) Pues adiós. Hasta otro día.

LUCÍA.- Adiós.

(ALBERTO vuelve al fregadero en donde había dejado los platos y LUCÍA abre la puerta para marcharse.)

LUCÍA.- (Desde la puerta.) ¿Le gusta disfrazarse de rey mago?

(ALBERTO deja los platos y va hacia LUCÍA, pero ésta ya ha cerrado la puerta. Música. Oscuro.)

- V -

CELES le está extendiendo un talón a ALBERTO.

CELES.- No es mucho, pero no está mal. ¡Una ayudita, Alberto, una ayudita! Y mientras, nosotros, Jesús y yo, te buscamos otra cosa. Algo más de acuerdo con tu categoría, ya me entiendes.

(Ha terminado de rellenar el talón que entrega a ALBERTO, pero éste no lo recoge. Probablemente se quede sobre la mesa.)

CELES.- ¿Qué te pasa? ¿No vas a leerlo? Puedo haberme equivocado.

ALBERTO.- No, tú no te equivocas nunca.

CELES.- Gracias, eres un cielo. En los almacenes se quedaron encantados contigo. Dicen que tratabas muy bien a los niños, que estuviste muy simpático y que cuando hablaste por el micrófono con tu voz...

ALBERTO.- Déjalo.

CELES.- Pero, ¿por qué, Alberto, por qué? Tienes una voz preciosa. Siempre la has tenido. Aún te recuerdo en el Pedro Crespo de «El Alcalde»: «Al rey, la vida y la hacienda se han de dar...»

ALBERTO.- No sigas, ¿quieres?

CELES.- ¿Qué te ocurre? Tienes que animarte. Todo ha salido bien. Has ganado unos duros, te has entretenido y, bueno, nadie sabe que has hecho de rey Gaspar unos días. Nadie. Ni una nota en las revistas del corazón. Y eso que esas siempre están a la que salta.

ALBERTO.- Ah, ¿de modo que tú crees que nadie se ha enterado?

CELES.- Nadie. Bueno, Enrique Solís, sí, porque hacía de Melchor, pero ¿qué va a decir si a él tampoco le conviene? En cuanto a Baltasar, el guineano... Venga, coge el talón.

ALBERTO.- (Después de una pausa y sin coger el talón.)
La otra mañana estuvo aquí una niña.

CELES.- ¿Una niña? ¿De qué edad?

ALBERTO.- No lo sé. Doce... trece años... no sé.

CELES.- ¿No te lo dijo?

ALBERTO.- No, creo que no.

CELES.- ¿Y qué quería?

ALBERTO.- Nada.

CELES.- Muy bien. Estupendo. Vino una niña... no quería nada... Y por este motivo ahora resulta que no quieres coger el talón. Un excéntrico. Eso es lo que eres: un excéntrico.

ALBERTO.- Escúchame: esa niña me había descubierto.

CELES.- ¿Descubierto?

ALBERTO.- Sí. A pesar del maquillaje: de la barba, de la peluca...

CELES.- No es posible.

ALBERTO.- Lo es.

CELES.- Alberto, por favor, sé realista: las niñas de doce años...

ALBERTO.- O trece.

CELES.- O trece, no van a ver a los Reyes Magos.

ALBERTO.- ¿No?

CELES.- No. Entran en los grandes almacenes para comprar discos, camisetas, desodorantes, ropa interior, braguitas... pero no se detienen a mirar a los Reyes Magos.

ALBERTO.- ¿Por qué?

CELES.- Porque no creen, Alberto, no creen. Las niñas de trece años...

ALBERTO.- O doce.

CELES.- O doce, pasan de la foto de Tom Cruise a los preservativos.

ALBERTO.- ¿Así de directo?

CELES.- Así. ¿Cómo van a creer en los Reyes Magos?

ALBERTO.- Estuvo aquí, habló conmigo y, cuando ya se iba, un poco antes de cerrar la puerta, me hizo una pregunta terrible.

CELES.- ¿Cuál?

ALBERTO.- Me preguntó si me gustaba disfrazarme de rey mago.

CELES.- ¿Y tú qué le contestaste?

ALBERTO.- No pude contestarle. Cerró la puerta.

CELES.- De acuerdo. Ella te preguntó algo y tú no pudiste contestar. ¿Dónde está lo terrible?

ALBERTO.- Es que yo soy un actor. ¡Un actor! Yo no me disfrazo. ¡Los actores no se disfrazan!

(ALBERTO ha utilizado un tono de irritación y de disgusto que ha sorprendido a CELES.)

CELES.- (Haciendo un esfuerzo por comprender.) Estás demasiado tiempo solo. Deberías salir, ver gente... Eso no es bueno, Alberto, no es bueno. Voy a intentar que te inviten a la fiesta de Fotogramas, voy a intentarlo. ¿Te apetece?

ALBERTO.- Pero, ¿es que no lo entiendes? ¿Qué pensará de mí?

CELES.- ¿Quién?

ALBERTO.- Lucía.

CELES.- ¿Se llama Lucía?

ALBERTO.- Sí.

CELES.- ¿De modo que te dijo su nombre y no te dijo su edad?

ALBERTO.- Pues... sí.

CELES.- ¡Qué raro!

ALBERTO.- Su madre me admira y le ha dicho que soy un gran actor.

CELES.- Lo eres.

ALBERTO.- (Estallando.) ¡Y ahora ella le contará a su madre que el gran actor Alberto Santamaría, el intérprete que tenía idealizado, va a acabar su vida haciendo de rey mago en unos almacenes!

CELES.- Un momento, un momento, no exageres. ¿Quién habla de «acabar»?

ALBERTO.- Yo, yo, hablo yo. ¿Crees que soy tonto?

CELES.- Tienes un porvenir estupendo.

ALBERTO.- No es verdad. Ningún actor viejo y sin memoria tiene un porvenir estupendo.

CELES.- Estás deprimido, eso es, deprimido. Jesús conoce a un psicoanalista...

ALBERTO.- No me fío de los psicoanalistas.

CELES.- Pues este es muy bueno. A Jesús le devolvió las ganas de vivir después de que en el Ministerio le negaran cinco veces seguidas una subvención.

ALBERTO.- No estoy deprimido. ¿Te lo repito?

CELES.- No, no hace falta. Simplemente estás triste porque una niña te ha preguntado si te gustaba disfrazarte de rey mago. ¿Es eso?

ALBERTO.- Más o menos.

CELES.- Un excéntrico, te lo dije, un excéntrico.

ALBERTO.- Me preocupa.

CELES.- Pues habla con ella.

ALBERTO.- ¿Para qué?

CELES.- Explícale la verdad.

ALBERTO.- ¿Cuál?

CELES.- Que no te has disfrazado de rey Gaspar para ganar unas perras. ¿Cómo va a disfrazarse de rey mago Alberto Santamaría por dinero? No, no lo necesitas. Lo has hecho porque vas a estrenar una obra cuyo protagonista es un actor al que contratan para hacer de Gaspar en unos almacenes y, claro, necesitabas inspirarte, vivir la experiencia. ¿Qué opinas? Buena idea, ¿no te parece?

ALBERTO.- Pero esa no es la verdad.

CELES.- ¿Y qué? Si todos dijéramos la verdad, nadie iría al teatro. Ni al cine. Ni existiría la política. Nada.

ALBERTO.- Es una niña.

CELES.- Te noto obsesionado. ¿Te gusta?

ALBERTO.- Estás loco. No me gustan las niñas. ¿Por quién me has tomado?

CELES.- Vale, vale, no te amontones. Era una broma. **(Pausa. Luego.)** ¿Hablarás con ella? Si tanto te preocupa su pregunta... Aunque no te entiendo, Alberto, de veras, no te entiendo. ¡Qué historia tan fantástica! ¿De veras te importa tanto lo que piense?

ALBERTO.- Me importa.

CELES.- Pues llámala.

ALBERTO.- Vive aquí, en el mismo edificio.

CELES.- Razón de más.

ALBERTO.- No sé su apellido.

CELES.- Búscalos. ¿Sabes el piso?

ALBERTO.- Segundo.

CELES.- Tirado, lo que se dice tirado. Bueno, me voy. Te dejo. Anímate. Me deprimes, Alberto, me deprimes. Adiós. Y coge ese talón, hombre, no se vaya a perder. Mañana te llamo.

ALBERTO.- ¿Y Jesús?

CELES.- No, Jesús no podrá. Se va a Marbella. Necesita descansar, compréndelo. Adiosito. Nos vemos. Ciao.

(CELES se marcha. Después, ALBERTO toma una guía telefónica, la abre y busca un número. Lo marca y luego habla.)

ALBERTO.- **(Al teléfono.)** Perdona, pero ¿puedo hablar con Lucía? **(Pausa.)** Ah, que aquí no vive ninguna Lucía... Lo siento. Discúlpeme. **(Busca otro número. Lo encuentra. Llama.)** Buenas tardes. Quisiera hablar con Lucía. ¿Está? **(Pausa.)** Debo de haberme equivocado. Volveré a marcar.

(Cuelga. Sigue hojeando la guía. Marca un tercer número. Música. Oscuro.)

- VI -

ALBERTO y LUCÍA -la niña- están sentados a una mesa mirándose cuidadosamente. Sólo hacen esto: mirarse. La situación conviene que produzca en el público una cierta molestia. Al fin, ALBERTO habla.

ALBERTO.- ¿Quieres beber algo?

LUCÍA.- No, gracias.

(Pausa.)

ALBERTO.- ¿Ni una Pepsi? Estará un poco caliente, pero bueno.

LUCÍA.- No me gusta.

(Pausa.)

ALBERTO.- Pues caramelos no tengo.

LUCÍA.- No como caramelos. Me estropean los dientes.

ALBERTO.- Sí, claro.

(Pausa.)

LUCÍA.- ¿Cómo encontró mi teléfono?

ALBERTO.- Al final me lo dieron en información. No fue fácil. No les parecía suficiente la calle. Ni el número.

LUCÍA.- No sabía usted mi apellido.

ALBERTO.- No, no lo sabía. No lo sé. **(Pausa.)** Segundo. Segundo piso. Sólo eso.

LUCÍA.- Martínez.

ALBERTO.- ¿Lucía Martínez?

LUCÍA.- Sí.

ALBERTO.- ¡Qué extraño! Hay un poema de García Lorca... ¿Conoces a García Lorca?

LUCÍA.- Algo.

ALBERTO.- Empieza así: «Lucía Martínez/ umbría de seda roja/ tus muslos como la tarde/ van de la luz a la sombra»

LUCÍA.- Me gusta. ¿Cómo sigue?

ALBERTO.- «Tus azabaches recónditos/ oscurecen tus magnolias»

(ALBERTO **detiene su recitación.**)

LUCÍA.- ¿Y qué más?

(ALBERTO **continúa.**)

ALBERTO.- «Aquí estoy Lucía Martínez/ vengo a consumir tu boca/ y arrastrarte del cabello/ en madrugada de conchas/ porque quiero y porque puedo/ umbría de seda roja»

LUCÍA.- Recita usted muy bien.

ALBERTO.- Gracias.

(**Vuelven a observarse minuciosamente.**)

LUCÍA.- ¿Qué significa «umbría de seda roja»?

ALBERTO.- (**Desconcertado.**) Verás... umbrío es un sitio al que no llega el sol. O poco. Llega muy poco.

LUCÍA.- ¿Y la seda roja? ¿Llega la seda roja a donde no llega el sol?

ALBERTO.- Supongo que sí. Supongo... Es una imagen, ¿sabes? Cosas de Federico. ¿Entiendes?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- Eres una niña.

LUCÍA.- ¿Sí?

(**Pausa.**)

LUCÍA.- ¿Y si mi madre hubiese cogido el teléfono?

ALBERTO.- ¿Cómo?

LUCÍA.- Lo cogí yo. Todavía estoy de vacaciones. ¿Qué le habría dicho a mi madre?

ALBERTO.- Que quería hablar contigo.

LUCÍA.- ¿Para qué?

ALBERTO.- Para... ¿y eso qué importa? Para nada. ¿No viniste tú porque querías ver un actor? Bueno, pues le hubiese dicho que quería ver una niña. ¿Está claro?

LUCÍA.- No creo que mi madre se tragara esta explicación.

ALBERTO.- Lo siento: no hay otra.

(De nuevo una pausa larga.)

LUCÍA.- Mi hermano tiene cinco años.

ALBERTO.- **(Indiferente.)** ¿Ah, sí?

LUCÍA.- Le llevé para que entregara la carta a los Reyes Magos. Usted estaba en un sillón dorado. Sentó a mi hermano sobre sus rodillas, tomó su carta, le dio un beso en la mejilla y nos fuimos. Para Juan -porque mi hermano se llama Juan- fue muy emocionante. En la esquina, a la salida de los almacenes, me preguntó: «¿Quién era el que habló conmigo, el de la barba rubia?»

ALBERTO.- ¿Y tú qué le dijiste?

LUCÍA.- Gaspar. Le dije que usted era el rey Gaspar.

ALBERTO.- Lo era.

LUCÍA.- No, usted era «ese actor que vive en el último piso y que mi madre admira desde niña».

ALBERTO.- ¿Cómo me reconociste?

LUCÍA.- Por la voz. A veces ensaya y se le oye desde el patio. Si puedo, me asomo a escucharle. Aparte de que el bigote estaba mal pegado y se le movía mucho al hablar. Se notaba que era falso.

ALBERTO.- **(Alarmado.)** Pero eso no se lo dijiste a tu hermano... imagino.

LUCÍA.- Estuve a punto.

ALBERTO.- ¿Por qué?

LUCÍA.- Total, un día u otro se va a enterar...

ALBERTO.- Es muy pequeño.

LUCÍA.- Los reyes magos no existen.

ALBERTO.- Para los niños, sí. Y con eso basta.

LUCÍA.- Pero no es la verdad.

ALBERTO.- ¿Y tú qué sabes?

LUCÍA.- Lo sé. Lo supe muy pronto. Una noche de reyes vi como mis padres abrían la puerta y me dejaban sus regalos en el balcón. Cerré los ojos y seguí durmiendo.

(Otra pausa.)

ALBERTO.- Te crees muy lista.

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- Sí, te crees muy lista porque eres capaz de descubrir cuándo un bigote está mal pegado y porque, cuando eras pequeña, sorprendiste a tus padres abriendo un balcón.

LUCÍA.- No me riña.

ALBERTO.- No te riño.

LUCÍA.- Está usted enfadado conmigo.

ALBERTO.- No.

LUCÍA.- Sí, está enfadado y no sé por qué. ¿Qué le pasa?

(ALBERTO piensa mucho lo que va a decir.)

ALBERTO.- ¿Por qué me preguntaste si me gustaba disfrazarme de rey mago?

LUCÍA.- ¿Le molestó que se lo preguntara?

ALBERTO.- No exactamente.

LUCÍA.- ¿Lo hizo por dinero?

ALBERTO.- En absoluto. ¿Cómo puedes pensar eso?

LUCÍA.- Mi madre cree que le van a echar de esta casa.

ALBERTO.- Pues dile de mi parte que haga el favor de no meterse donde no le importa.

LUCÍA.- ¿Entonces no se disfrazó de rey mago por dinero?

ALBERTO.- ¡No, por supuesto que no! Lo hice porque... porque voy a interpretar una obra en la que el protagonista es un actor en paro al que contratan para hacer de rey Gaspar en unos almacenes y, claro, necesito vivir la situación, sentir el personaje... No se puede interpretar bien si no se viven las situaciones y no se sienten los personajes. Ya está. No quería confesártelo porque son trucos del oficio, pero, bueno, listo, se acabó. Vale.

LUCÍA.- Cuando le hablé a mi hermano y a los otros niños parecía sincero.

ALBERTO.- Lo era.

LUCÍA.- Como si fuese el rey Gaspar.

ALBERTO.- Tal vez en aquel momento lo fuese.

LUCÍA.- Los reyes magos no existen.

ALBERTO.- ¡Qué pesada! No estés tan segura.

(Una pausa que se parece muchísimo a una tregua.)

LUCÍA.- He de irme. Le he dicho a mi madre que me iba al cine con una amiga.

ALBERTO.- ¿Por qué le has mentado?

LUCÍA.- ¿Por qué le mintió usted a mi hermano?

(Se están mirando como al principio. Música. Oscuro.)

- VII -

ALBERTO graba en un magnetófono un texto de los Evangelios sobre la historia de los Reyes Magos.

ALBERTO.- «Jesús nació en Belén de Judea cuando gobernaba el rey Herodes. Y he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, preguntando:
¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque al ver su estrella en el Oriente, hemos venido para adorarle.
Cuando el rey Herodes oyó esto, se turbó, y toda Jerusalén con él.
Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo.
Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta.»

(Cuando ALBERTO termina de leer, música y oscuro.)

- VIII -

ALBERTO apaga el magnetófono. Delante de él está LUCÍA, vestida con el uniforme de algún colegio. Tal vez lleve una cartera en la mano.

ALBERTO.- ¿Te ha gustado?

LUCÍA.- (Dudosa.) Está bien.

ALBERTO.- Es una hermosa historia.

LUCÍA.- (Incrédula.) ¿Ocurrió de verdad?

ALBERTO.- (Impreciso.) Parece que sí.

LUCÍA.- ¿Parece?

ALBERTO.- Se cuenta en los Evangelios. ¿Te suena?

LUCÍA.- Me lo han explicado en el colegio.

ALBERTO.- ¿A qué colegio vas?

LUCÍA.- A uno.

ALBERTO.- ¿No tiene nombre?

LUCÍA.- **(Negándose a dar explicaciones.)** A uno.

ALBERTO.- Llevas uniforme.

LUCÍA.- Sí

ALBERTO.- ¿A qué hora empiezan las clases?

(Se observa claramente que a LUCÍA no le apetece hablar de su colegio.)

LUCÍA.- ¿Todo lo que se dice en los Evangelios es cierto?

ALBERTO.- No lo sé.

LUCÍA.- ¿Usted lo cree?

ALBERTO.- **(Después de una vacilación.)** Yo sólo creo lo que me gusta.

LUCÍA.- ¿Y la historia de los Reyes Magos le gusta?

ALBERTO.- Sí.

LUCÍA.- ¿Por qué?

ALBERTO.- Es poética: Oriente... una estrella... un establo, un niño Dios...

LUCÍA.- ¿Existe Dios?

ALBERTO.- Para algunos, sí.

LUCÍA.- ¿Y para usted?

ALBERTO.- **(Inesperada e incomprensiblemente furioso.)** No voy a contestar a esta pregunta. ¡No quiero! ¿Por qué siempre me haces preguntas que me molestan? ¿Quién eres? ¿Por qué has venido a mi casa? ¡No te conozco! ¡Aunque vivas en el segundo piso, no te conozco! ¡Nunca te había visto! ¿Me oyes? ¡Nunca!

LUCÍA.- **(Muy suave.)** Perdone.

(Hay una pausa en la que se nota que ninguno de los personajes sabe cómo seguir. Luego...)

LUCÍA.- Me voy.

ALBERTO.- No, no te vas. Y siéntate. Me pone nervioso verte de pie.

LUCÍA.- Siento haberle molestado.

ALBERTO.- Es que no te entiendo. ¿Qué más te da que los Reyes Magos existan o no?

LUCÍA.- (Insistente.) Le había preguntado si cree en Dios.

ALBERTO.- Verás... una cosa no se puede separar de la otra.

LUCÍA.- ¿No?

ALBERTO.- No. ¡Cuando se cree en Dios hay que creer también en los Reyes Magos!

LUCÍA.- ¿Seguro?

ALBERTO.- Claro. Todo va junto. Una especie de paquete.

LUCÍA.- Pero usted dijo que sólo creía en lo que le gustaba.

ALBERTO.- ¿Eso dije?

LUCÍA.- Sí.

ALBERTO.- Puede ser.

LUCÍA.- ¿Le gusta Dios?

(ALBERTO traga saliva antes de contestar. Por fin...)

ALBERTO.- ¿De veras no te apetece una Pepsi?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- La nevera ha vuelto a funcionar. Sola. Un milagro. Las pepsis cuando están frías saben mejor.

LUCÍA.- Ya.

ALBERTO.- ¿No quieres?

LUCÍA.- No.

(Otra pausa.)

LUCÍA.- ¿No le gusta?

ALBERTO.- ¿Quién?

LUCÍA.- Dios.

ALBERTO.- (A punto de perder la paciencia. O perdiéndola.) Escucha: no se trata de que me guste o no me guste.

LUCÍA.- Sin embargo, usted dijo...

ALBERTO.- (Volviendo a estallar.) ¡Me importa un comino lo que dije o lo que dejé de decir! ¡No estoy dispuesto a discutir sobre la existencia de Dios con una mocosa!

LUCÍA.- (Muy digna.) No soy una mocosa.

ALBERTO.- Lo eres.

LUCÍA.- ¡Mentira! Soy un ser humano y tengo mis derechos.

ALBERTO.- ¿Ah, sí?

LUCÍA.- Sí.

ALBERTO.- ¿Unos derechos que te autorizan a meterte en mi casa y a hacerme preguntas que no tienen contestación?

LUCÍA.- Mi profesor de Física dice que todo tiene contestación.

ALBERTO.- ¡Tu profesor de Física es un imbécil!

LUCÍA.- ¿Por qué le insulta? Es mucho más joven que usted y más guapo.

ALBERTO.- ¿De modo que ya te fijas en los hombres guapos?

LUCÍA.- Estoy en la edad.

ALBERTO.- (Harto aunque, al mismo tiempo, probablemente fascinado.) Está bien, no discutamos.

LUCÍA.- De acuerdo.

ALBERTO.- (**Haciendo un esfuerzo por comprender.**) En realidad lo que te fastidió fue descubrir que el rey Gaspar era tu vecino del último piso.

LUCÍA.- No, no exactamente. Lo que me fastidió fue que mi vecino del último piso le hiciese creer a mi hermano que era el rey Gaspar cuando no lo era.

ALBERTO.- Sí, sí lo era. Lo era para tu hermano y punto.

LUCÍA.- Pero no lo era para mí. Ni para usted.

ALBERTO.- ¿Y qué?

LUCÍA.- (**Insistiendo.**) Ni para las personas mayores que llevaban a sus hijos para que le entregasen sus cartas. Ni para los jefes de los almacenes que le habían contratado.

ALBERTO.- (**Exasperado.**) Pero, ¿todo eso qué importancia tiene?

LUCÍA.- (**Muy seria.**) No se deben decir mentiras a los niños. Mi hermano será muy desgraciado cuando sepa que el rey Gaspar es usted.

ALBERTO.- No lo sabrá si tú no se lo dices.

LUCÍA.- De todas formas, lo sabrá.

ALBERTO.- (**Buscando alguna salida.**) ¿Y si no lo supiera nunca? Imagina que todo el mundo -todo- se pusiera de acuerdo en guardarle el secreto. Que nadie se lo explicara.

LUCÍA.- Eso no es posible.

ALBERTO.- (**Como si no hubiese oído lo que Lucía acaba de decir.**) Como si la existencia de los Reyes Magos fuese un misterio maravilloso que alguien inventó para él.

LUCÍA.- (**Casi ingenua.**) ¿Y podría crecer, estudiar, enamorarse y morir engañado?

ALBERTO.- Todos vivimos y morimos engañados.

ALBERTO.- Yo más que nadie: soy un actor.

LUCÍA.- ¡Qué triste!

ALBERTO.- No, no es triste. Es fantástico. En el teatro sólo existe lo que inventamos: una admirable Noche de Reyes como la que escribió Shakespeare.

LUCÍA.- Pero usted no es Shakespeare.

ALBERTO.- Una admirable Noche de Reyes... sin Shakespeare. ¿Cuál es la diferencia?

(Pausa muy larga.)

LUCÍA.- Ahora sí, ahora me voy al «cole».

ALBERTO.- ¿Te he preguntado ya cómo se llama?

LUCÍA.- Sí, me lo ha preguntado, pero no se lo he dicho. Adiós.

(LUCÍA inicia el movimiento de marcharse. ALBERTO la detiene con sus palabras.)

ALBERTO.- ¿Sabes lo que estoy pensando?

LUCÍA.- ¿Qué?

ALBERTO.- Que si los Reyes Magos existieran, yo sería feliz.

(LUCÍA le mira antes de responder.)

LUCÍA.- Algún día vendré a arreglar esta habitación.

(Se va. Cierra la puerta detrás de ella. Música y oscuro.)

En escena hay un automóvil de juguete de esos que se manejan con un mando a distancia. CELES lo dirige mientras ALBERTO contempla, con cierto asombro infantil, los movimientos del coche.

CELES.- Es muy fácil, muy fácil. Tirado. ¿Ves? Moviendo esta palanquita, gira a la derecha, a la izquierda, va hacia delante, hacia atrás. Pruébalo.

ALBERTO.- No, no, gracias.

CELES.- Oye, es un regalo. Y no se debe despreciar un regalo.

ALBERTO.- Si no lo desprecio. Sólo que no me apetece.

CELES.- ¿He oído bien? ¿De veras he oído bien? ¿Que no te apetece un modelo Aston Martin descapotable del año 47? No me lo creo, de verdad, no puedo creérmelo. ¿Te das cuenta del feo que le estas haciendo a la industria automovilística británica?

ALBERTO.- Ya, ya, pero...

CELES.- Además que es un obsequio de los almacenes para los que interpretaste al rey Gaspar. Un detalle. Les gustó mucho tu trabajo, ya te lo dije. Un detalle. ¿Comprendes lo que significa que las grandes superficies se emocionen con la interpretación de un actor? ¡Eres grande, Alberto, eres grande! **(Le ofrece el mando a distancia a ALBERTO.)** ¿Qué?, ¿no vas a probar?

ALBERTO.- **(A regañadientes.)** Bueno, si te empeñas...

(ALBERTO maneja el mando con ostensible torpeza, el coche se mueve bruscamente -acelerón, parada, acelerón- hasta acabar chocando con la pata de algún mueble. CELES no puede evitar mover la cabeza con disgusto.)

CELES.- No estás dotado, Alberto, reconócelo.

ALBERTO.- **(Tristísimo.)** Lo reconozco.

(CELES empieza a recoger el pequeño Aston Martin y el mando a distancia hasta guardarlos de nuevo en la caja en la que los trajo. Mientras, continúa hablando con ALBERTO.)

CELES.- Entonces, ¿lo devuelvo?

ALBERTO.- ¿No se ofenderán?

CELES.- ¡Claro, claro que se ofenderán! ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Maldita sea! ¡No sé dónde tengo la cabeza, no lo sé! Con tantas series, tantos castings y tantas galas, me pierdo, ¿eh?, es que me pierdo.

ALBERTO.- ¿Y Jesús? ¿No te ayuda?

CELES.- Jesús es el «boss», ¿entiendes?, el «boss». Y los «bosses» no dan ni golpe, ¿sabes? Sólo ligan, ligan, y comen, comen, y cuando les da el infarto de tanto comer y de tanto ligar, se van a la costa, se meten en una clínica que les cuesta un huevo y, hala, otra vez a lo mismo, hasta que revientan, joder, ¡que ya está bien! (**Sigue sin transición apreciable.**) Bueno, tengo un sobrino que a lo mejor le hace gracia. Dice que quiere ser piloto de Fórmula 1 y se pega cada castaña por los pasillos... ¿De veras no te divierte?

ALBERTO.- No.

(**CELES, inesperadamente, cree tener una brillante idea.**)

CELES.- Oye, y esa niña...

ALBERTO.- ¿Cuál?

CELES.- Esa que vive aquí, en otro piso. ¿Cómo se llama?

ALBERTO.- Lucía. Y no es una niña.

CELES.- ¿Se llama Lucía y no es una niña? ¿Estás seguro?

ALBERTO.- Quiero decir que es una chica, una muchacha. Y no una niña. Doce o trece años. Algo así.

CELES.- Bueno, pues esa chica, ¿no le haría aprecio al Aston Martin?

ALBERTO.- No creo.

CELES.- ¡Qué lástima! En fin... (**Hace ademán como de marcharse, pero luego se arrepiente.**) Por cierto, casi se me olvida. Es que no estoy en lo mío, no estoy. Acabará «pirao», como si lo viera. ¿Te he dicho que a lo mejor te sacamos una colaboración especial con Fernando Trueba?

ALBERTO.- ¿Especial?

CELES.- Hombre, a lo mejor no es muy especial, pero colaboración sí será, digo yo. En el pantano de Sanabria. ¿Qué te parece?

ALBERTO.- Mucho frío, ¿no?

CELES.- Cinco sesiones, macho, cinco sesiones. ¿Qué tal?

ALBERTO.- No sé.

CELES.- ¿Cómo que no sabes? Yo alucino, ¿eh?, alucino. Con los actores, alucino.

ALBERTO.- Lo voy a pensar. Mañana te llamo.

CELES.- ¿Lo dices en serio?

ALBERTO.- Sí.

CELES.- ¿Vas a rechazar este trabajo?

ALBERTO.- No lo sé.

CELES.- Pero, ¿por qué?

ALBERTO.- Es que tantos días fuera de Madrid...

CELES.- Te has vuelto loco.

ALBERTO.- Quizás.

CELES.- Bueno, allá tú, llámame mañana. Abur.

(**CELES está ya junto a la puerta, a punto de marcharse.**)

ALBERTO.- Celes

CELES.- ¿Qué?

ALBERTO.- Lo he pensado mejor. Me quedo con el coche.

CELES.- ¿En serio?

ALBERTO.- Sí.

CELES.- De acuerdo.

(CELES le entrega a ALBERTO la caja con el coche.)

ALBERTO.- ¿Qué marca me dijiste que era?

CELES.- Un Aston Martin. Año 47.

(Música. Oscuro.)

- X -

En escena, ALBERTO y LUCÍA. Ésta mira la caja en donde CELES guardó el Aston Martin.

LUCÍA.- ¿Qué es?

ALBERTO.- Ábrelo.

LUCÍA.- ¿Un regalo?

ALBERTO.- Sí.

LUCÍA.- ¿Para mí?

ALBERTO.- Claro.

(LUCÍA abre la caja y saca el juguete. Hay una larga pausa. Luego, dice con una cierta decepción...)

LUCÍA.- Un coche.

ALBERTO.- Bueno... un Aston Martin.

LUCÍA.- ¿Qué?

ALBERTO.- Un automóvil antiguo... muy antiguo. Descapotable. Funciona con mando a distancia. ¿Lo pruebas?

LUCÍA.- No, no, gracias.

ALBERTO.- ¿No te gusta?

LUCÍA.- Sí, sí me gusta, pero es que a mí los coches...

ALBERTO.- **(Hundido.)** Lo suponía.

LUCÍA.- **(Queriendo animarlo.)** Quizás a mi hermano...

ALBERTO.- Déjalo.

LUCÍA.- Seguro que le haría ilusión... seguro.

ALBERTO.- No te preocupes.

LUCÍA.- O a lo mejor prefiere dárselo a otro niño. ¿Tiene usted hijos?

ALBERTO.- ¿A mi edad? ¿Crees en serio que a mis años puedo tener un hijo al que le divierta un coche de juguete?

LUCÍA.- No lo sé.

ALBERTO.- Vivo solo desde hace tiempo. Soy viudo. Mi mujer también era actriz. Murió en escena interpretando a Desdémona. ¿Sabes quién era Desdémona?

LUCÍA.- Me suena.

ALBERTO.- Una predestinada. Se casó con un negro porque era daltónica y no distinguía bien los colores. Un error. Su marido, que se llamaba Otelo, la mató por celos.

LUCÍA.- ¿Y su mujer?

ALBERTO.- ¿La mía?

LUCÍA.- ¿Qué le pasó?

ALBERTO.- Otra equivocación. El actor que representaba a Otelo, en vez de coger un puñal de mentira tomó otro de verdad sin darse cuenta y se lo clavó a mi esposa en el pecho. No tuvo tiempo de despedirse de mí. Enseguida bajaron el telón.

(LUCÍA está mirando a ALBERTO burlonamente.)

LUCÍA.- No es verdad.

ALBERTO.- (**Sonriendo.**) No, no lo es.

LUCÍA.- ¿Por qué dice mentiras?

ALBERTO.- Me gustan. Además las mentiras son mías. De nadie más. En cambio la verdad pertenece a todo el mundo. Todos la tocan, la manosean, la ensucian y la cambian. La mentira es imaginativa. Como el teatro.

LUCÍA.- ¿Su mujer no murió en escena?

ALBERTO.- No. La atropelló un taxi una noche en la que hubo un fallo eléctrico en los semáforos. ¿Qué? ¿Con qué historia te quedas? ¿Con la de Otelo y Desdémona en una cama con dosel cuyas gasas mueve el aire de Venecia o con un vulgar accidente de tráfico en una oscura esquina de Madrid?

LUCÍA.- Me quedo con lo que fue.

ALBERTO.- Se me ha olvidado lo que fue. Tendrás que elegir a ciegas.

LUCÍA.- (**Cambiando bruscamente de tema.**) No ha contestado a mi pregunta.

ALBERTO.- ¿Cuál?

LUCÍA.- ¿Tiene usted hijos?

ALBERTO.- (**Como a quien le cuesta confesar un secreto.**) Uno. Muy mayor. Puede que, incluso, mayor que yo. Vive en el extranjero. En los Estados Unidos. Chicago, me parece. Es arquitecto. Yo le pagué la carrera. Y todos los masters que quiso hacer, los hizo gracias a mí. No, no tiene nada que agradecerme. Eran mis temporadas mejores. Me llamaban de todas partes: teatro, cine, televisión... El teléfono no dejaba de sonar. El dinero me caía en la mano como esa lluvia de otoño que moja las calles incesantemente. Está casado. Mi hijo. Está casado. Sus hijas se llaman Laura uno y Laura dos. Una extravagancia, ¿no crees? Cosas de arquitectos, supongo. Después, un día, el teléfono dejó de sonar. No fue de repente, claro. Poco a poco. Al principio no le di importancia. Una casualidad, pensé. O una mala racha. La primera de mi vida, así que, bueno, no había razón para alarmarse. Hasta que se quedó prácticamente mudo para siempre. Ahora lo miro y me pregunto: ¿un teléfono?, ¿para qué sirve un teléfono?

LUCÍA.- ¿Y su hijo? ¿No le ayuda?

ALBERTO.- ¿A averiguar para qué sirve un teléfono?

LUCÍA.- (Confusa.) No... perdone... quería decir...

ALBERTO.- Sé perfectamente lo que querías decir. **(Después de una pausa.)** No, no lo necesito. **(Otra pausa.)** No lo aceptaría.

LUCÍA.- (Cambiando de pronto de tema.) Bueno, voy a hacer la cama.

ALBERTO.- (Levemente asustado.) ¿La cama?

LUCÍA.- Está siempre deshecha. Hay que enviar las sábanas a la tintorería. Y cambiar el colchón. ¿Cómo puede usted dormir en un sitio así, que no es cama, ni sofá, ni nada?

ALBERTO.- (Algo avergonzado.) Como sufro de insomnio, no importa. **(LUCÍA empieza a arreglar la cama, mientras ALBERTO todavía dice...)** No te molestes. Me da vergüenza.

LUCÍA.- ¿Vergüenza? ¿De qué?

(Suena el timbre de la puerta. Después de una vacilación, ALBERTO va a abrir. Aparece CELES, como siempre hecho un torbellino.)

CELES.- ¡Esta vez no te puedes negar! ¡Imposible, imposible, lo que yo te diga, júralo! Lo de Trueba en Sanabria, pase, pero ahora en La Granja, una coproducción con los americanos... **(Descubre a LUCÍA y le pregunta a ALBERTO.)** ¿La chica de las faenas?

ALBERTO.- (Incómodo.) No.

CELES.- (Oscuro.) ¿Ah, no?

ALBERTO.- No. Es que...

LUCÍA.- (Encarándose con CELES.) Me llamo Lucía. Vivo en el segundo piso y tengo doce años.

ALBERTO.- (Apuradísimo.) O trece, nunca se sabe.

CELES.- (Intentando ponerse gracioso.) Y porque te llamas Lucía, vives en el segundo piso y tienes doce años, ¿le arreglas la cama a don Alberto, que podría ser tu padre... o tu abuelo?

LUCÍA.- (Desafiante.) ¿Es la pregunta del millón?

(ALBERTO **toma del brazo a CELES y lo aleja de LUCÍA para evitar un enfrentamiento.**)

ALBERTO.- ¿Qué me decías de los americanos?

CELES.- ¿Los americanos? Pues que van a rodar en España. Figúrate después de tanto tiempo... ¡Un notición!

ALBERTO.- ¿Y yo qué tengo que ver...?

CELES.- Necesitan un actor de tus características.

ALBERTO.- ¿Y de qué trata?

CELES.- ¿Cómo?

ALBERTO.- La película, ¿de qué trata?

CELES.- No sé bien, ¿pero eso qué más da? Tú haces un general. En la guerra de la Independencia, creo.

ALBERTO.- ¿Crees?

CELES.- Estoy seguro. Se te ve arengando a las tropas. Luego asomas la nariz detrás de un árbol y te pegan un tiro.

ALBERTO.- (**Resignado.**) Y me matan.

CELES.- (**Definitivo.**) Exacto. Claro que antes dices unas palabras en inglés.

(LUCÍA **está ahora pasando la fregona por el suelo.**)

ALBERTO.- (**Alarmado.**) ¡Pero yo no sé inglés!

CELES.- ¿Y eso qué importa? Te pondrán un coach.

ALBERTO.- Un... ¿qué?

CELES.- Alguien que te enseñará a hablar. Por ejemplo: que tú tienes que decir «¿Dónde está el camarote reservado para nosotros?», pues el coach te explicará que has de pronunciar: «Where is the cabin reserved for us?»

ALBERTO.- Pero, hombre, Celes, ¿cómo voy a arengar a mis soldados encargándoles un camarote?

(Llaman a la puerta. ALBERTO abre. Aparece un INDIVIDUO impersonal que habla con una voz metálica.)

INDIVIDUO.- ¿Don Alberto Santamaría Llanes?

ALBERTO.- Soy yo.

INDIVIDUO.- Traigo una orden judicial. Acompañeme a la comisaría, por favor.

(Oscuro. Música.)

- XI -

En escena están ALBERTO, nuestro protagonista, DOÑA EULALIA, madre de LUCÍA, y el INDIVIDUO que vimos aparecer al final del cuadro anterior y que ha resultado ser, como era sospechable, un policía.

INDIVIDUO.- (Que come pipas continuamente y que ahora pregunta a DOÑA EULALIA...) ¿De modo que usted mantiene su denuncia?

DOÑA EULALIA.- Sí señor.

INDIVIDUO.- Porque tiene la convicción de que este caballero ha abusado -o está abusando- de su hija.

DOÑA EULALIA.- Eso es, «la convicción», muy bien dicho.

INDIVIDUO.- (Como en las películas.) ¿Tiene usted pruebas?

DOÑA EULALIA.- El corazón de una madre. ¿Le parece a usted poca prueba?

INDIVIDUO.- (Dirigiéndose ahora a ALBERTO.) ¿Algo que alegar?

ALBERTO.- (Después de una pausa.) Nada.

INDIVIDUO.- (Que sigue comiendo pipas compulsivamente.) O sea, que admite la acusación de esta señora.

ALBERTO.- (Ahora la pausa es más corta.) No.

INDIVIDUO.- (Siempre con las cáscaras de pipas en la mano.) ¿En qué quedamos?

DOÑA EULALIA.- ¿Lo ve? No se aclara.

ALBERTO.- (Con poca voz.) Nunca he abusado de Lucía.

DOÑA EULALIA.- La llama Lucía, sin más. ¡Qué descaro!

INDIVIDUO.- Déjele seguir. (A ALBERTO.) Continúe.

ALBERTO.- Es una amiga. Simplemente.

DOÑA EULALIA.- ¿Una amiga? ¡Una menor, eso es lo que es, una menor! ¿Cómo va a ser una menor amiga de un viejo?

INDIVIDUO.- (A ALBERTO.) ¿Se considera inocente?

ALBERTO.- Desde luego.

INDIVIDUO.- ¿Podría demostrarlo?

ALBERTO.- ¿Y usted?, ¿podría demostrar lo contrario?

INDIVIDUO.- (Incómodo.) Soy yo quien pregunta, no lo olvide. A propósito: ¿qué hago con las cáscaras de las pipas?

ALBERTO.- (Maquinalmente.) Hay un plato sobre la encimera. Enjuáguelo antes.

(El INDIVIDUO va a dejar las cáscaras de las pipas en el plato indicado mientras habla.)

INDIVIDUO.- (Refiriéndose a ALBERTO.) Puede ser un asunto muy grave, no sé si lo entiende.

ALBERTO.- Lo entiendo.

INDIVIDUO.- Un caso de pederastia. Nos llegan muchos últimamente.

ALBERTO.- Yo no soy pederasta. Lo juro.

DOÑA EULALIA.- Lo jura, lo jura... ¡Falso, que es usted falsísimo, como todos los actores!

ALBERTO.- (En un arranque de dignidad ofendida.) ¡Pero usted me admiraba...!

DOÑA EULALIA.- Antes. Antes de que conociera a mi hija. Ya no. ¿Cómo se ha atrevido a abusar de su castidad? ¡Una niña de doce años...!

ALBERTO.- O trece.

DOÑA EULALIA.- ¡Doce! ¡Se añade uno!

INDIVIDUO.- (Sacando más pipas de un bolsillo de la chaqueta. A ALBERTO.) Tiene razón la señora. Hágase cargo.

ALBERTO.- Jamás he abusado de ella. Ni se me ha ocurrido.

DOÑA EULALIA.- ¿Ah, no? Entonces, ¿me quiere explicar por qué está metida en esta casa todo el santo día? ¿Qué hacen ustedes? Tenga usted el valor de contárnoslo.

ALBERTO.- Hablamos.

INDIVIDUO.- (Siempre en policía, aunque sin olvidar las pipas.) ¿De qué?

DOÑA EULALIA.- No le haga caso: limpia, friega, va a la compra, le hace la cama...

INDIVIDUO.- ¿La cama?

DOÑA EULALIA.- ¡Figúrese!

ALBERTO.- (Entre dolorido y asustado.) ¿Quién le ha contado eso?

DOÑA EULALIA.- (Victoriosa.) ¡Ella!

(Se produce un silencio espeso que rompe el INDIVIDUO escupiendo una cáscara de costadillo.)

INDIVIDUO.- (A ALBERTO, retomando la cuestión anterior.) ¿De qué hablan?

ALBERTO.- De muchas cosas: de la vida... de la verdad... de la mentira... de lo que creemos... de lo que imaginamos... y del teatro...

sobre todo del teatro.

INDIVIDUO.- ¿Y del amor? ¿No hablan del amor... o del sexo?

DOÑA EULALIA.- (Saltando.) ¡Buena pregunta!

ALBERTO.- No, no señor, del amor o del sexo no hablamos.

INDIVIDUO.- (Insistente.) ¿Y de otras cosas? ¿Cuáles?

ALBERTO.- (Resistiéndose.) Bueno... a veces discutimos sobre los Reyes Magos.

INDIVIDUO.- ¿Los Reyes Magos?

DOÑA EULALIA.- (Al Individuo.) No le haga caso, pretende engañarle.

ALBERTO.- (Sin hacer caso de la interrupción de DOÑA EULALIA.) Lucía opina que los Reyes Magos no existen.

DOÑA EULALIA.- Claro. A su edad... estaría bueno.

INDIVIDUO.- (Burlón.) ¿Y usted?, ¿usted cree que existen?

ALBERTO.- No sé. Verá, en mi profesión nada es lo que parece. Y al contrario. ¿Me sigue?

INDIVIDUO.- A medias.

ALBERTO.- La gente compra una localidad y espera que se levante el telón para que le transporten a otro sitio.

DOÑA EULALIA.- (Mosca.) ¿A qué sitio?

ALBERTO.- A otro. A uno en el que es posible que los Reyes Magos existan... de verdad.

INDIVIDUO.- ¿De carne y hueso?

ALBERTO.- De la carne y hueso del teatro, sí.

INDIVIDUO.- (Siempre masticando.) Un poco complicado, ¿no?

DOÑA EULALIA.- Se ha vuelto loco. Todo eso lo dice porque últimamente hizo de rey Gaspar en unos almacenes y se le ha subido a la cabeza.

ALBERTO.- (Herido de nuevo en su amor propio.) ¿A mí?
¿Al mejor Rey Lear de este país, se me va a subir a la cabeza una mínima interpretación navideña que acepté para dar felicidad a los niños?

DOÑA EULALIA.- ¡Miente! Lo aceptó porque nadie lo contrata y, en consecuencia, no tiene ni un duro.

ALBERTO.- (Indignado.) ¡Señora!

DOÑA EULALIA.- (Rematando.) ¡Ni uno!

INDIVIDUO.- Está bien. Recapitulemos. (A ALBERTO.) Usted asegura que no ha abusado de esa muchacha.

ALBERTO.- Por supuesto.

INDIVIDUO.- (A DOÑA EULALIA.) Y usted sospecha que sí.

DOÑA EULALIA.- Desde luego.

INDIVIDUO.- Por lo tanto, no parece probable que vaya a retirar su denuncia.

DOÑA EULALIA.- No, no lo parece.

INDIVIDUO.- En este caso creo que procede dar por terminada esta entrevista. (A ALBERTO.) Ya tendrá usted noticias de nosotros.

(ALBERTO permanece en silencio.)

INDIVIDUO.- (A DOÑA EULALIA.) ¿Nos vamos?

DOÑA EULALIA.- (Feliz.) Cuando usted mande, señor comisario.

INDIVIDUO.- Adelante. (DOÑA EULALIA y el INDIVIDUO se marchan, aunque éste, antes de salir, le dice a ALBERTO...) ¿No le gustan las pipas? ¿Las ha probado?

(ALBERTO no contesta y el INDIVIDUO cierra la puerta escupiendo una última pipa al salir. Música. Oscuro.)

- XII -

ALBERTO está hablando por teléfono con CELES.

ALBERTO.- (Al teléfono.) No, Celes, no insistas, lo he decidido. No voy a hacer la coproducción con los americanos, olvídате. Está bien, está bien. Ya sé que es un error. Y que pagaré las consecuencias, de acuerdo. **(Pausa. Escucha lo que dice CELES.)** ¿Es una amenaza? Bueno, total, para los contratos que me conseguíais... Oye, no puedo salir de Madrid. Ni quiero. **(Otra pausa.)** No, no te lo voy a explicar, imposible. Adiós, Celes, y recuerdos a Jesús.

(Cuelga el teléfono y va a la zona de la cocina a hacerse un café. Cuando empieza a prepararlo, suena el timbre de la puerta. ALBERTO abre. LUCÍA está en el umbral.)

LUCÍA.- ¿Molesto?

ALBERTO.- Pasa.

(LUCÍA entra y ALBERTO cierra la puerta.)

ALBERTO.- Me estaba preparando un café.

LUCÍA.- Ya.

ALBERTO.- Siéntate.

LUCÍA.- No, gracias, estoy bien así.

ALBERTO.- ¿Tienes prisa?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- Como prefieras.

(ALBERTO saca una taza y un plato de un pequeño armario.)

LUCÍA.- Mi madre le ha denunciado.

ALBERTO.- Sí.

LUCÍA.- ¿Por qué?

ALBERTO.- Dice que he abusado de ti.

LUCÍA.- Pero eso no es verdad.

ALBERTO.- Claro, claro que no es verdad.

(ALBERTO parece olvidarse del café que estaba haciendo.)

LUCÍA.- ¿Y qué piensa hacer?

ALBERTO.- Nada.

LUCÍA.- No le pueden acusar de algo que no ha hecho.

ALBERTO.- No lo sé.

LUCÍA.- Tendremos que impedirlo.

ALBERTO.- (Después de una leve vacilación.) He recibido una citación judicial. Van a iniciar mi proceso.

(El agua ha empezado a hervir sin que los personajes lo advirtieran.)

LUCÍA.- (Alarmada.) ¡El agua!

ALBERTO.- ¡Ah, sí, el agua! ¡Qué descuido!

LUCÍA.- (Yendo a la cocina.) No ha pasado nada. Siéntese, yo le llevaré el café.

(ALBERTO se sienta a la mesa mientras LUCÍA recoge el agua vertida.)

ALBERTO.- (Ya sentado.) ¿Por qué le dijiste a tu madre que a veces me arreglas la cama?

LUCÍA.- Me lo preguntó y le contesté, ¿qué tiene de malo?

ALBERTO.- Las personas mayores... son...

LUCÍA.- Ya sé cómo son las personas mayores y no me gustan.

ALBERTO.- Es que ellas imaginan que...

LUCÍA.- Lo supongo; no soy una niña. Tengo trece años.

ALBERTO.- Doce. Te añades uno.

LUCÍA.- Bueno, dejémoslo en doce y medio. Su café.

ALBERTO.- Gracias. ¿No te vas a sentar?

LUCÍA.- Sí, ahora sí.

(LUCÍA se sienta a la mesa frente a ALBERTO, quien bebe su café a pequeños sorbos.)

ALBERTO.- No creo que debas estar aquí mucho tiempo. Tu madre podría enterarse.

LUCÍA.- Me da igual.

ALBERTO.- A mí no.

LUCÍA.- ¿Por qué?

ALBERTO.- ¿Sabes lo que es un pederasta?

LUCÍA.- No.

ALBERTO.- (**Habla cuidadosamente.**) Pues alguien que utiliza sexualmente a menores de edad... no sé cómo explicártelo.

LUCÍA.- No hay nada que explicar. Lo entiendo perfectamente. Ya le he dicho que no soy una niña.

ALBERTO.- Sí lo eres.

LUCÍA.- En cualquier caso, no soy una niña... tonta.

(ALBERTO baja los ojos y sigue tomando su café.)

LUCÍA.- Supongo que va a hacer esa película con los americanos.

ALBERTO.- (Sonriendo.) ¿Esa es la que arengo a las tropas gritando: «Where is the cabin reserved for us»?

LUCÍA.- (También sonriente.) Esa.

ALBERTO.- No, he dicho que no.

LUCÍA.- ¿Por qué? Le sentaría bien.

ALBERTO.- (Buscando las palabras.) Se abrirán unas diligencias... tal vez me ingresen en prisión preventiva...

LUCÍA.- ¿Y eso qué significa?

ALBERTO.- No sé. Una prisión hasta que se celebre el juicio... imagino.

LUCÍA.- Pero no le pueden meter en la cárcel. Sería injusto.

ALBERTO.- (De nuevo sonriendo.) Probablemente.

LUCÍA.- Les diré que no es verdad, que usted no me ha hecho nada. Me creerán. Yo... yo... **(A punto de llorar.)** Yo sólo quería conocer a un actor.

ALBERTO.- Acabado.

LUCÍA.- (Con una rabia infantil y muy femenina al mismo tiempo.) ¡Usted no está acabado, no lo está! ¡Usted es el actor más grande de este país y por eso yo quería conocerlo.

ALBERTO.- (Irónico.) Sí, el actor más grande de este país interpretando al rey Gaspar en la cabalgata de unos grandes almacenes.

LUCÍA.- (Tragándose las lágrimas.) Estaba usted muy guapo.

ALBERTO.- Tú también lo estás... ahora.

(Le seca el rostro con una mano y se produce un momento «especial».)

LUCÍA.- Todo empezó porque yo no creía en los Reyes Magos.

ALBERTO.- Y yo te dije que no estuvieras tan segura.

LUCÍA.- Pero yo insistí.

ALBERTO.- Hasta que te confesé que, si los Reyes Magos existiesen, yo sería feliz.

LUCÍA.- **(Después de una pausa.)** ¿Lo sería?

ALBERTO.- **(Amargamente ilusionado.)** Claro. Les dejaría mis zapatos en la ventana del cuarto de baño para que me los llenaran de regalos.

LUCÍA.- ¿Y les escribiría una carta?

ALBERTO.- Desde luego. Con una letra muy clara, muy clara, con mayúsculas, para que no se confundieran.

LUCÍA.- ¿Qué les pediría?

ALBERTO.- ¡Tantas cosas...! Un teléfono que volviera a sonar, mi nombre de nuevo en las carteleras... Y un teatro. Un teatro para declamar como hace el bufón de «Noche de Reyes» de Shakespeare:

«¿Qué es el amor? No está al llegar.
La alegría presente tiene el reír presente.
Lo que está por venir es aún oscuro.

En la dilación no existe espera.
Ven, por tanto, a besarme veinte veces, amada.
La juventud es una tela que no dura».

(Se produce un lírico silencio.)

LUCÍA.- **(En un susurro.)** Es muy bonito.

ALBERTO.- Sí. **(Sonriendo.)** Hay que reconocer que Shakespeare escribía con cierta soltura.

LUCÍA.- **(Emocionada.)** Y lo ha dicho muy bien.
¡Maravilloso!

ALBERTO.- **(Con fingida modestia.)** Gracias.

LUCÍA.- ¿Puedo aplaudir?

ALBERTO.- **(Jugando.)** Claro, «deposita tu aplauso, como una limosna, en mi sombrero».

LUCÍA.- **(Por la frase.)** ¿También de Shakespeare?

ALBERTO.- No, este verso es mío. Perdóname.

(LUCÍA aplaude y ALBERTO le toma las manos.)

ALBERTO.- Lucía...

LUCÍA.- ¿Qué?

ALBERTO.- (Después de una duda.) Máchate. Tu madre te estará esperando.

LUCÍA.- Le he dicho que iba al cine con un amigo.

ALBERTO.- ¿Un novio?

LUCÍA.- Casi.

ALBERTO.- (Muerto de curiosidad.) ¿Quién es?

LUCÍA.- (Encantadora.) Se llama Alberto... como tú.

(Es la primera vez que le tutea. Se miran a los ojos y ALBERTO, instintivamente, suelta las manos de LUCÍA.)

ALBERTO.- (Con no mucha convicción.) Máchate.

LUCÍA.- (Sin decidirse.) No.

ALBERTO.- (Más entero.) Sí, máchate, por favor.

LUCÍA.- No sé.

ALBERTO.- Vamos a hacer una cosa: yo cierro los ojos y, cuando los abra, tú y a no estás. ¿De acuerdo?

LUCÍA.- Júrame que no irás a la cárcel.

ALBERTO.- Te lo juro.

(ALBERTO cierra los ojos y LUCÍA se marcha. Cuando los vuelve a abrir mira a su alrededor. Está perdido, desconcertado y derrotado. Toma la taza de café y el plato y se dirige a la cocina a lavarlos. Antes, al pasar, como sin querer, enciende el televisor. En la pantalla, un reportaje sobre los grandes almacenes que han iniciado su época de rebajas. ALBERTO, de pronto, deja de fregar y desaparece por la puerta que conduce al cuarto de baño. Al poco tiempo se escucha un grito tremendo y el sonido seco de un cuerpo que ha golpeado contra el suelo del patio interior del edificio. En la tele, un LOCUTOR está diciendo...)

LOCUTOR.- Todos los grandes almacenes han inaugurado su temporada de rebajas. La gente se atropella para comprar, comprar, comprar... ¡Qué lejos quedaron la Navidad, Nochevieja y los Reyes Magos de Oriente!

(Oscuro. Telón.)